

Editorial

En los últimos años se ha desarrollado un nuevo tipo de investigación en psicoanálisis que se ha popularizado entre nosotros como “investigación empírica”.

Sin duda estos emprendimientos han generado una rica polémica en torno a sus objetivos, sus metodologías y su relación con lo específicamente psicoanalítico.

Las reacciones ya sea individuales o grupales no se hicieron esperar y han sido diversas, desde el entusiasmo hasta la oposición, pasando por la cautela o la indiferencia.

Nuestra revista que intenta reflejar de modo plural las discusiones que se desarrollan en la comunidad psicoanalítica, lanzó el año pasado esta propuesta temática, recibiendo una gran respuesta por parte de diversos autores lo que nos ha obligado a ampliar nuestras páginas para salir a luz con este número doble de la Revista Uruguaya de Psicoanálisis.

Uno de los puntos importantes a definir es acerca del aporte que puede o no realizar este nuevo tipo de investigación sistematizada en psicoanálisis.

Hay acuerdo en que por lo pronto la denominación “investigación empírica” no ha sido del todo feliz ya que evoca una oposición con la investigación clásica freudiana que siempre lejos de todo empirismo ha permanecido fiel a la experiencia clínica.

La pregunta que entonces nos planteamos está vinculada con el tipo de consecuencias que producen los intentos de la sistematización en la experiencia de la clínica psicoanalítica.

¿Es realmente posible sistematizar y hacer estadísticas sobre el encuentro tan particular entre paciente y analista que apunta a descubrir lo singular de un ser humano?

Estos trabajos que presentamos hoy, dan cuenta de las diversas respuestas que

coexisten entre nosotros.

Otro acuerdo existente es que, como nos lo enseñara Willy Baranger, la práctica analítica es irreductible a una técnica que se limite a aplicar a un caso concreto una serie de postulados teóricos universales.

Transitamos por un camino que no está trazado de antemano y así descubrimos la distancia insalvable que existe entre una imposible técnica del psicoanálisis y una práctica signada por lo no dicho, lo reprimido, lo que falta, lo que cambia expresándose siempre a medias a través de las múltiples formaciones del inconsciente.

Sobre la base de ciertos acuerdos comunes constatamos que hay divergencias y desacuerdos que nos obligan a polemizar y ésta es sin duda una de las riquezas del psicoanálisis contemporáneo.

Estas discusiones se dan en el contexto de la “crisis del Psicoanálisis”, pero aún más allá de ella porque esta no es ni la primera ni la última crisis de una disciplina que se construye en el día a día como si fuera el primero o el inaugural. Lejos de pretender ocultar las características singulares de los tiempos que corren sin embargo no olvidamos que la crisis es por sobre todo inmanente a nuestra práctica en la misma medida en que nuestro cotidiano es expresión de la angustia y el conflicto psíquico.

Subyacente a esta polémica sobre la investigación, se encuentra un fondo insoslayable, referido a la confrontación entre ciencias naturales y/o exactas vs. ciencias del hombre. En ese sentido Fabio Herrmann nos plantea: “...el psicoanálisis fuerza una redefinición del campo de las ciencias o sea, es preciso abrir espacio para recibirla, no intentar comprimirla para que quepa en el espacio existente.”

Según su criterio “verificar la existencia o no de transferencia cotejando por medio de cuestionarios la visión más o menos “realista” de los pacientes con respecto a su analista (representaría estar) operando irreparablemente a partir de criterios triviales”.

De esta manera nos ubicamos en el problema de lo que se ha denominado como *el trabajo de la interdisciplina*.

Porque hoy día de lo que se trata es, como dice J. Laplanche, hacer trabajar los textos freudianos y esto implica ubicarlos en un determinado contexto socio-cultural y científico propio del comienzo del siglo donde el ideal de la validación positivista, objetivante, despliega su enorme soberanía.

Freud ubicó en varios textos al psicoanálisis como parte de la psicología, posición que no es consistente en la medida que él abrió un campo de investigación y tratamiento enteramente nuevo y diferente. Con su objeto de estudio (el inconsciente) y su método de develar la transferencia a través de la asociación libre y la atención flotante que supone una discontinuidad radical y un salto epistemológico cualitativo que lo aparta y discrimina en una disciplina totalmente diferente de la psicología y aún de las ciencias naturales.

En esa línea se podrá profundizar entre otras, en el trabajo de Marcelo Viñar quien luego de polemizar apasionadamente con las posturas favorables a la investigación empírica ubica a su entender la posible vinculación entre psicoanálisis y ciencias naturales cuando dice que: “un punto de acuerdo en investigación psicoanalítica es la vocación materialista que funda al método Freudiano. Se trata de un existente que precede al acto de su conceptualización. Esto desde siempre coloca al Psicoanálisis del lado de las Ciencias de la Naturaleza donde la observación tiene preeminencia y primacía lógica y así se *contrapone* a las ciencias del Espíritu, cuyo punto de partida es la redondez y coherencia de sus premisas y axiomas previos y pueden por ello pendular al idealismo”.

Por otro lado tanto en los trabajos de Nelson de Souza y Ricardo Bernardi, se postula la no contradicción entre los campos de la investigación clínica y la empírica sistematizada en un esfuerzo por delimitar áreas con sus especificidades (ventajas e inconvenientes) y posibilidades de mutua colaboración. En ese sentido R. Bernardi trae a colación una conocida y certera

propuesta cuando discrimina el contexto del descubrimiento y el contexto de la validación.

El primero de ellos requiere “antes que nada libertad creativa para encontrar las metáforas que capten mejor la experiencia subjetiva de ambos, lo cual exige una actitud casi artística y una tensión especial hacia los aspectos cualitativos y originales de cada situación. En tanto en el contexto de validación, el nudo gordiano se encuentra en la discusión sobre las variables que puedan ser significativas, *cómo detectarlas* y *sobre* todo como interpretar los resultados.

De esta manera este contexto de validación habría de tener en consideración que en todos los casos sería una herramienta secundaria, vale decir subsidiaria de la herramienta principal que es el análisis propiamente dicho de las transferencias y las resistencias. No solamente en el sentido de aquella añeja cuestión acerca de que es el método el que construye el objeto de estudio y que plantea toda la discusión sobre la metodología a emplear, sino que además abre un campo que se vincula con el que hacer con los resultados obtenidos.

En el campo jurídico hay normas de diferente jerarquía, por ejemplo, constitución, leyes y por último los decretos, donde estos deben ser necesariamente subsidiarios de los primeros que tienen mayor jerarquía.

Así también entendemos que en Psicoanálisis existe una jerarquización donde el lugar principal está ocupado por la investigación clínica.

Otro aspecto problemático de la investigación empírica sistematizada que va más allá de lo metodológico es que la base de la lógica científica conlleva a una racionalización seductora para el investigador que puede ejercer una soberanía desmedida sobre la mente del analista. Esto, que se ha señalado con preocupación no sería imputable al método sino a quien lo utiliza.

En este caso se podrá argumentar con acierto que en realidad esto puede pasar con cualquier tipo de saber en el sentido del “discurso universitario”.

Seguramente la artesanía que supone la práctica de todo analista y que a su vez remite a su propia experiencia de análisis personal podrá discriminar los

espacios cualitativamente diferentes entre aquel discurso universitario y ésta experiencia de análisis.

Pero además de esta rica polémica nuestro interés es también mostrar la actualidad de la investigación psicoanalítica a través de una serie de trabajos que dan cuenta de una práctica en la que hay un amplio espectro. Desde la práctica clínica o la investigación en metapsicología y como operan en nosotros las teorías que sustentamos, hasta la investigación que toma como referente los cambios en el tipo de interpretaciones de los analistas uruguayos a lo largo de 30 años así como la investigación en los talleres de escritura con pacientes psicopáticos.

Pensamos que en una mirada de conjunto estos trabajos nos alertan de dos riesgos que entre otros acechan al Psicoanálisis, uno de ellos vinculado a un encierro en que las construcciones teóricas tienen la finalidad en última instancia de desmentir la castración (Leclaire 1972).

Por otro lado el problema que si bien es necesario algún tipo de validación (ya que no existe un “vale todo en Psicoanálisis”) no deja de ser cierto el que la sistematización de las variables implica que la “experiencia” también se constituye en una construcción del investigador con sus intencionalidades concientes e inconscientes.